

Logres, a veces adquiere localmente otras denominaciones que no son menos reveladoras. A no muchos kilómetros de Carmansó, la peña que hoy conocemos como Rennes-le-Chateau se llamó *Aer Red*, nombre que en céltico significaba Serpiente Celeste, es decir, el mismo Lug. Este nombre, sin comprender su significado, los invasores romanos lo adoptaron como *Aearium*. En el lugar y en sus alrededores, según la tradición, abundaban las minas de oro, lo cual justificaba su nuevo nombre pues en latín la primera acepción de *aearium* era la de «lugar subterráneo donde se oculta el oro». Un concepto que en el transcurso de pocas décadas adquiriría para los romanos un significado aún más específico: el de *erarium*, a partir del cual llegamos al moderno concepto de Erario o Hacienda Pública. Pero, curiosamente, cuando los romanos abandonan la zona de Rennes-le-Chateau, el nombre que perdura durante un par de siglos para designar a la roca es el de Arelate, el mismo que el de la ninfa. Los diversos topónimos que con el nombre de Arelate aparecen en la toponimia occitana, con la dominación francesa se transforman todos ellos en Arles, a excepción del legendario Aer Red, pues el nuevo nombre que adopta ya no deriva del de la ninfa sino del nombre de la comarca: Rhedae. Una denominación, por otra parte, en la que sigue latente no sólo el primitivo nombre de Aer Red sino también el de las ninfas asociadas al dios: Areade, Arelate, Arola...

Agua de Vida

En la leyenda del Grial el tema del *agua*, expresado de una forma u otra, es recurrente. Los bardos y los trovadores medievales acostumbraban a repetir que no eran ellos quienes cantaban, sino que ellos eran solamente los instrumentos sonoros a través de los cuales se difundía el «eco lejano de las voces de los pozos».

La inmersión en el agua, como precedente del bautismo cristiano, tiene por finalidad dar *vida eterna* al neófito cuando termine su vida terrestre. La inmersión o la aspersion, simbólicamente, es la disolución de las formas, el regreso a lo anterior a la vida y, correlativamente, como vemos en el propio bautismo de Jesús, salir de las aguas es el equivalente a *nacer de nuevo*. En todas las tradiciones, el «agua viva» es la que fecunda a la tierra, a los animales, a la mujer. El agua, lo